

SEMANARIO RELIGIOSO

AÑO I.

CIENTIFICO-ARTISTICO-LITERARIO

NÚM. 8.º

PRECIOS DE SUSCRICION			DIRECTOR GERENTE Y PROPIETARIO	PRECIOS DE SUSCRICION		
	Madrid.	Provincias.	JOSÉ AMALIO MUÑOZ		Semestre.	Un año.
		Extranjero.		ADMINISTRACION: CALLE DE LA VILLA, 4	Cuba y Puerto-Rico.	2 pesos
Un mes.	4 reales.	»		Filipinas, Méjico y Rio de la Plata.	3 1/2 id.	6 id.
Tres meses. .	10 id.	13 id.		En los demas Estados de América fijan el precio los señores Agentes.		
Seis meses. .	18 id.	24 id.	Madrid 23 de Setiembre de 1877			
Un año.	34 id.	45 id.				

Director religioso, D. FRANCISCO CAMINERO, presbítero. — Director literario, D. VALENTIN GOMEZ

SUMARIO

TEXTO.—Nuestros grabados, por A.—Revista de la semana, por D. Valentin Gomez.—Lo que es un Cura, por D. Gabin Tejaño.—Dominis! quó vadis! por D. Antonio de San Martin.—La Guerra, por V.—Movimiento religioso.—La hermosa Sor Fidancia (continuacion), novela, por D. Abdon de Paz.

GRABADOS.—Don Alfonso el Sabio, fotografía de Laurent, dibujo del Sr. Barneto, grabado del Sr. Galan.—Alegoría de la Paz, fotografía de Laurent, dibujo del señor Narvaez, grabado de D. Camilo Mataix.

Como era tan dado á la astrología, de él dicen los historiadores, con razon, que por mirar mucho á las estrellas no vió claro lo que pasaba en la tierra; y en efecto, si merece ponerse en el número de los grandes hombres de la Edad media, no es tan digno de ser colocado entre los grandes reyes.

NUESTROS GRABADOS

Alfonso el Sabio. — Copia exacta del cuadro de D. J. Beequer.—Famosísimo este rey por su vasta instruccion, de que dió muestras extraordinarias en las diversas obras de ciencia astronómica, de literatura y de jurisprudencia que emprendió, siendo la más famosa la de las *Siete Partidas*, que aún hoy es un código que rige en multitud de casos. No fué ménos famoso por las desdichas que amargaron su vida, principalmente en sus últimos años, cuando su hijo D. Sancho se rebeló contra él para asegurar la corona que en rigor no le pertenecía.



DON ALFONSO EL SABIO

Alegoría de la Paz.—Es, á nuestro juicio, el mérito principal de este cuadro, original de D. E. Valdeperas, la extremada y natural sencillez con que se representa una idea, que, al parecer, necesitaba de un gran número de figuras, para hacerla perceptible á la consideracion del espectador.

Una jóven campesina haciendo calceta á la orilla del mar; un niño haciendo pajaritas de papel sobre la boca de un cañon enmohecido y medio sepultado en la tierra, y un cordero pastando la yerba que ha brotado en el lugar mismo que ocupa el arma emblemática de la guerra; en el fondo, el mar tranquilo como un lago y salpicado de barcos que navegan y de barquichuelas pescadoras, y á la falda de la montaña una ciudad, cuyas humeantes

chimeneas denotan el trabajo industrial de sus pobladores: tal es el cuadro en que el autor ha simbolizado la idea de la paz.—El cielo, el agua y las figuras que se ven en la composicion del artista encantan por su plácido sosiego. Realmente se diria que estaba representada más bien la tranquilidad de espíritu que la paz material, muchas veces perturbada por la devoradora inquietud de los goces de la vida.

Sin que el autor quizá haya pensado en ello, y sin que haya puesto siquiera el signo de la cruz en la cúpula de la iglesia que en segundo término aparece entre las casas de la ciudad, la paz en ese cuadro representada es una paz cristiana, hija de la virtud y del trabajo, no de la indiferencia ó de la cobardía.

A.

REVISTA DE LA SEMANA

En realidad la muerte de un hombre no es nada. El mundo es un barco inmenso que navega por el mar de la vida. Cae un hombre al agua... se oye un grito general en la tripulacion, si el hombre no era un número inadvertido entre la incontable cantidad de seres humanos; pero el agua ha devorado á la víctima; ciérrase el abismo, abierto un instante para tragar aquel cuerpo desplomado; pasa el buque por encima, resbalando dulcemente como una bola de marfil sobre una plancha de acero... y á poco, todo ha vuelto á quedar en calma. El recuerdo del hombre se borra de la memoria de sus semejantes; nadie grita ni llora; todos rien ó se divierten, ó trabajan para conquistar el puesto que el ahogado dejó vacante.

Esta es la vida; y Mr. Thiers, si lo ignoraba cuando era uno de los habitantes más visibles de este bajo mundo, debe saberlo ahora perfectamente en el seno de la eternidad.

Sintióse, por de pronto, el vacío del personaje, cuando cayó al fondo del agua en esta penosa navegacion que todos hacemos con más ó ménos comodidad, con más ó ménos esperanza. Hoy se conoce el daño que hace su falta en el partido que le necesitaba para alcanzar sus fines particulares; pero ya, en realidad, el recuerdo del difunto se va desvaneciendo de la memoria de los vivos, los cuales ponen en práctica aquel famoso refran español: *El muerto al hoyo, y el vivo al bollo.*

Sólo que el bollo está demasiado duro para los dientes del vivo.

Así debe ser, porque Mr. Grevy, nombrado por los radicales franceses sucesor de Thiers en la jefatura del partido, abandona el puesto y parece que muestra más deseos de retirarse á su casa que de dirigir las huestes republicanas del Sr. Gambetta.

Prudente determinacion de que el mariscal duque de Magenta se ha aprovechado para pasar suavemente la mano por el lomo de los radicales en un manifiesto que acaba de publicar.

La caricia no ha debido satisfacer completamente á los acariciados, porque, ó están ciegos, ó deben ver con harta claridad que detrás del manifiesto de Mac-Mahon está la espada del vencedor de Magenta.

Mac-Mahon ha dicho en plata que él no está dispuesto á dejar el poder, ni porque se lo pidan con la fuerza de los votos, ni porque se lo reclamen con la elocuencia de los fusiles.

Es el hombre que dijo en Malakoff: *J'y suis: j'y reste*: aquí estoy y aquí me quedo; y en efecto, el hombre tiene trazas de no dejar la tajada sino en los dientes.

A mayor abundamiento, mientras el mariscal sonrie á los radicales de una manera tan significativa, *Le Soleil*, órgano del duque de Broglie, jefe del Gobierno, reconoce paladinamente al señor conde de Chambord como rey legitimo y jefe de la Casa de Francia.

Este hecho, á nuestro juicio, tiene más importancia que aquellas caricias, y demuestra que, al aproximarse las elecciones, todo el mundo está persuadido de que se va á dar la batalla, quizá definitiva, entre la monarquia y la demagogia, entre la restauracion y la revolucion.

¡Dios ilumine á los electores franceses, que buena falta les hace!

Permitan ustedes que demos un salto desde la política extranjera á las novedades de Madrid.

Aunque el salto es grande, puedo asegurar á ustedes que no es mortal, por más que se le caiga á uno el alma á los piés cuando contempla ciertas cosas de la coronada villa.

Se ha inaugurado un nuevo tramvia que va á los mercados, á las estaciones de ferro-carril y á un barrio próximo á la iglesia de Atocha, que llaman el Pacífico, aunque no puede responderse de que lo sea mucho los domingos por la tarde.

Ese barrio Pacífico está situado, como decimos, no lejos de la estacion del ferro-carril del Mediodía, en la carretera de Vallecas. Desde allí se ve, á tiro de fusil, una de las alturas del Retiro coronadas de árboles; pero lo que no se ve, por mucho que se mire, es el deseo de que los alrededores de Madrid dejen de ser una imagen del desierto de Sahara.

Alguna humilde huertecilla, encerrada como un criminal entre cuatro paredes, semeja á los oasis del desierto, rompiendo la triste y desolada monotonía del paisaje; pero, en general, nadie conoceria que el agua del Retiro está á corta distancia, y á una altura suficiente para regar aquellos aflictivos páramos y convertirlos en un vergel delicioso.

¡Ay! Los habitantes de Madrid estamos condenados á gozar de la perspectiva de un lago de arena, en vez de la perspectiva de una campiña fresca, verde y poblada de casas de campo y de huertas y jardines, regados con el agua que á la villa sobra.

Esas casitas blancas que esmaltan todo el territorio de la vecina Francia; esos pueblecillos limpios, risueños, apacibles y cultos que son el orgullo de las Provin-

cias Vascongadas, no los conoceremos nosotros los que vivimos en la primera capital de España...

Nuestro recreo, fuera de puertas, está limitado á las corridas de toros y á esos elegantes merenderos, cuyos rótulos insultan á la ortografía, cuyos manteles insultan á la limpieza, y cuyos guisotes son el terror de los estómagos que no se hayan forrado previamente de acero.

En cambio podemos consolarnos con pasear nuestra mirada por las orillas del encogido Manzanares, que parece un ruso descalabrado en Plewna, por el número incontable de trapajos blancos que á modo de vendajes le cubren á lo ancho y á lo largo.

¿Qué es un herido? Propiamente semeja á un cadáver envuelto en el sudario.

Las lavanderas han tenido en cuenta que eso es un río difunto, sin agua, sin cauce y sin orillas, y lo han amortajado con todas las ropas menores de los madrileños.

¡La prosperidad de nuestra agricultura y el amor al ornato público, están maravillosamente demostrados en los alrededores de Madrid!

Cierto que tenemos derecho para llamar salvajes á los labriegos de nuestras provincias, porque odian á los árboles... y á los municipios de nuestras aldeas, porque viven en la inmundicia.

¿Hacen otra cosa, por ventura, que imitar á la cultísima capital de la monarquía española?

Recordarán nuestros lectores que en la pasada legislatura el señor marqués de San Carlos presentó una proposición contra las corridas de toros.

La proposición no dió resultado alguno, y las corridas siguen siendo el encanto de los impenitentes españoles.

Pero hé aquí que los toros mismos, cansados sin duda de llevar siempre la peor parte en la función, se encargan de hacer posible lo que el marqués de San Carlos no ha conseguido.

El medio es muy sencillo: en vez de dejarse matar á tontas y á locas, los ilustrados cornúpetos han resuelto acabar poco á poco con los toreros.

Seis cogidas, por lo ménos, ha habido en el espacio de una semana.

Lo lamentamos de todo corazón; pero no podemos desconocer que los toros están en su perfecto derecho.

Los pinchan, los achicharran y los estoquean, y es natural que ellos caigan en la cuenta de que para algo les ha puesto Dios dos armas ofensivas en el testuz.

¡Ah! Y el día en que ellos averigüen que sus cuernos son el medio único de abolir las corridas de toros, no damos un ardite por la vida de los lidiadores.

Afortunadamente para éstos, los toros tardarán bastante en averiguarlo, á pesar del progreso de nuestros tiempos.

VALENTIN GOMEZ.

LO QUE ES UN CURA

¿Qué es un cura?

Para el incrédulo, es un sér absurdo; para el indiferente, un ripic; para el malhechor, un estorbo; para el mundo entero, un blanco de contradicción.

Ante todas las cosas es un hombre, y como tal puede ser bueno y puede ser malo. Pero con la siguiente diferencia respecto de los demás hombres, á saber: que cuando quiera que no es bueno, es de suyo malísimo; y cuando quiera que no es malo, es de suyo el mejor entre los buenos.

En resumen: el cura es un hombre á quien está prohibido ser mediano, y que de hecho no puede serlo aunque lo quiera. Y esto por análoga razón que en lo blanco cualquier color hace sombra.

Soldado distinguido en la milicia de la vida humana, tiene obligación de ser héroe. Cuando pelea, no puede salir del campo sino vencedor ó muerto. Y esta alternativa es ménos contradictoria de lo que suena, pues por experiencia se sabe que en la campaña del cura morir es vencer.

Nobleza obliga, y la del cura es tan encumbrada que excede á la del ángel. Ministros de Dios son ambos, pero con la enorme diferencia de que el ángel no lo es sino para acudir cuando Dios le llama y donde Dios le envía, mientras que con el cura tiene Dios hecho irrevocable pacto de acudir cuando quiera que él le llame.

Es pontífice entre pontífices, porque, si en cuanto hombre viene á ser, como todos, canal de comunicación entre la tierra y el cielo, como cura es además mediador entre el cielo y el hombre.

A su oficio de heraldo del cielo junta el de juez de la tierra, y Dios tiene también hecho pacto con él de ejecutar sus fallos.

No es esposo de ninguna mujer, porque tiene contraídas nupcias indisolubles con su propia alma; y no es padre de ningún hombre, porque su oficio es serlo de todos.

El que no quiere ser hijo suyo, es necesariamente su enemigo. Quien no le ama, necesariamente le aborrece, y más acaso que ninguno el que se figura no amarle ni aborrecerle, porque éste necesariamente le desprecia, y el desprecio es la más cruel entre todas las formas del odio.

En rigor, ni aún quien le desprecia es el más fiero de sus enemigos, sino quien le busca por cómplice.

Verbigracia: el político titerero que quisiera alquilarle para domador de alimañas con quien él gana la vida en las ferias;—el fabricante de casas para no vivir, que le clasifica entre las recetas para matar ratas;—el economista de aceite y vinagre, que, espeluznado de verle incluso en el presupuesto de *obligaciones eclesiásticas*, le quisiera como partida preferente en el de sargentos de la *Guardia civil*;—el ministro cesariano, que lo quisiera deslumbrar con el espejo de la *Sede vacante*;—el

cazador de liebres de cercado ajeno, que quisiera mantener jauría de *perros mudos*;—los sabios de trastienda de botica, que se perecen por *curas ilustrados*,—y todos los descendientes de Júdas, que no quieren que se extinga la familia.

El mundo, que de suyo no tiene por luminoso sino lo que hiera la vista, difícilmente entiende cómo ese hombre vestido de negro puede ser *luz del mundo*. Esto procede de que el mundo no quiere saber que el Dios, cuyo ministro es ese hombre, fué *varon de dolores*, venido á la tierra para erigir el padecer en antorchita de la vida. El mundo aborrece cuanto le recuerda que la tierra está de luto.

Y cierto, entre todas las penitencias que lleva en su propio pecado, una de las más terribles es cabalmente su ceguedad para no ver cómo esa ropa negra es la única sombra amiga que nos acompaña fiel en nuestra peregrinación por este *valle de lágrimas*.

Ella nos protege aún antes de nuestra cuna, y más allá del sepulcro.

Por ese hombre enlutado somos ya benditos en el mismo germen de nuestra vida mortal. A su bendición debemos la carta de ciudadanía en la vida eterna. Y entre una y otra de esas dos vidas, la bendición de ese hombre nos levanta cuando caemos, nos alienta cuando desmayamos, nos endereza cuando nos torcemos, nos reintegra cuando nos mermamos, nos vivifica cuando morimos.

Ella desaparece en nuestro tálamo nupcial las únicas rosas que no se marchitan.

Ella es la última voz que oímos en el desierto del infortunio, y la primera que, rompiendo este velo engañoso que llamamos dicha, nos dice, con la piadosa crueldad del antiguo esclavo romano, en el día de nuestro triunfo: «acuérdate que eres hombre.»

Ella, cuando anublado por el orgullo aún el fulgor de la evidencia, nos vemos ignorantes aún de lo que creíamos saber mejor, nos alumbrá con las magníficas oscuridades de la fé, enseñándonos el secreto de mover montañas.

Ella nos da la esperanza cuando ya nada esperamos.

Ella, reanimando el amor en nuestro corazón entumecido, nos liberta de las atroñas del hastío y de las convulsiones del odio.

Ese hombre es la libertad, y si él desapareciese, todo en nosotros y fuera de nosotros, el poder y la obediencia, la autoridad y el vasallaje, leyes y costumbres, magistraturas y milicias, todo sería servidumbre abyecta.

¿Queréis saber lo que es un cura? Preguntádselo á cualquier tirano, y la contracción de su rostro y el hervor de su rugido os darán la respuesta.

Preguntádselo á la ambición; preguntádselo á la codicia; preguntádselo á la crápula y al libertinaje; preguntádselo á la estafa y á la usura; preguntádselo á la pedantería y al charlatanismo; preguntádselo, en una palabra, á la civilización moderna, y el mismo concierto, juntamente de odio y de terror, que sentireis emponzo-

ñando el aire, os enseñará que ese hombre es verdaderamente *la sal de la tierra*, y que si el mundo pudiera suprimirle, todo en la tierra, dentro y fuera de nosotros, sería podredumbre.

GABINO TEJADO.

DOMINE! QUO VADIS?...

I

Del mundo conocido, la mitad gemía y la otra mitad estaba aterrada. Un monstruo, que se llamaba Lucio Domicio Neron, desde la ciudad de los Césares tenía á la mísera humanidad bajo su cetro de hierro.

No estaba, sin embargo, muy lejano el día en que la santa religión que había predicado Jesucristo extendiese su radiante luz sobre la tierra.

El Mártir de los mártires, Aquel que había dicho el primero que no debía haber esclavos, que todos los hombres éramos hermanos, no en balde había derramado su preciosa sangre para salvar á la humanidad entera.

Jesús, el dulce Jesús había muerto crucificado; pero sus santas doctrinas empezaban á extenderse por el mundo.

En Roma, oculto en esas inmensas excavaciones que se llaman las catacumbas, habitaba un pueblo numeroso, rico en virtudes y rico en fé y en esperanzas.

De cuando en cuando un individuo de aquel pueblo de cristianos, avergonzado quizá de vivir en la sombra cual si fuera un criminal, entraba en Roma, y con voz persuasiva y con ánimo sereno predicaba las admirables doctrinas del Salvador en las calles de la ciudad de los Césares.

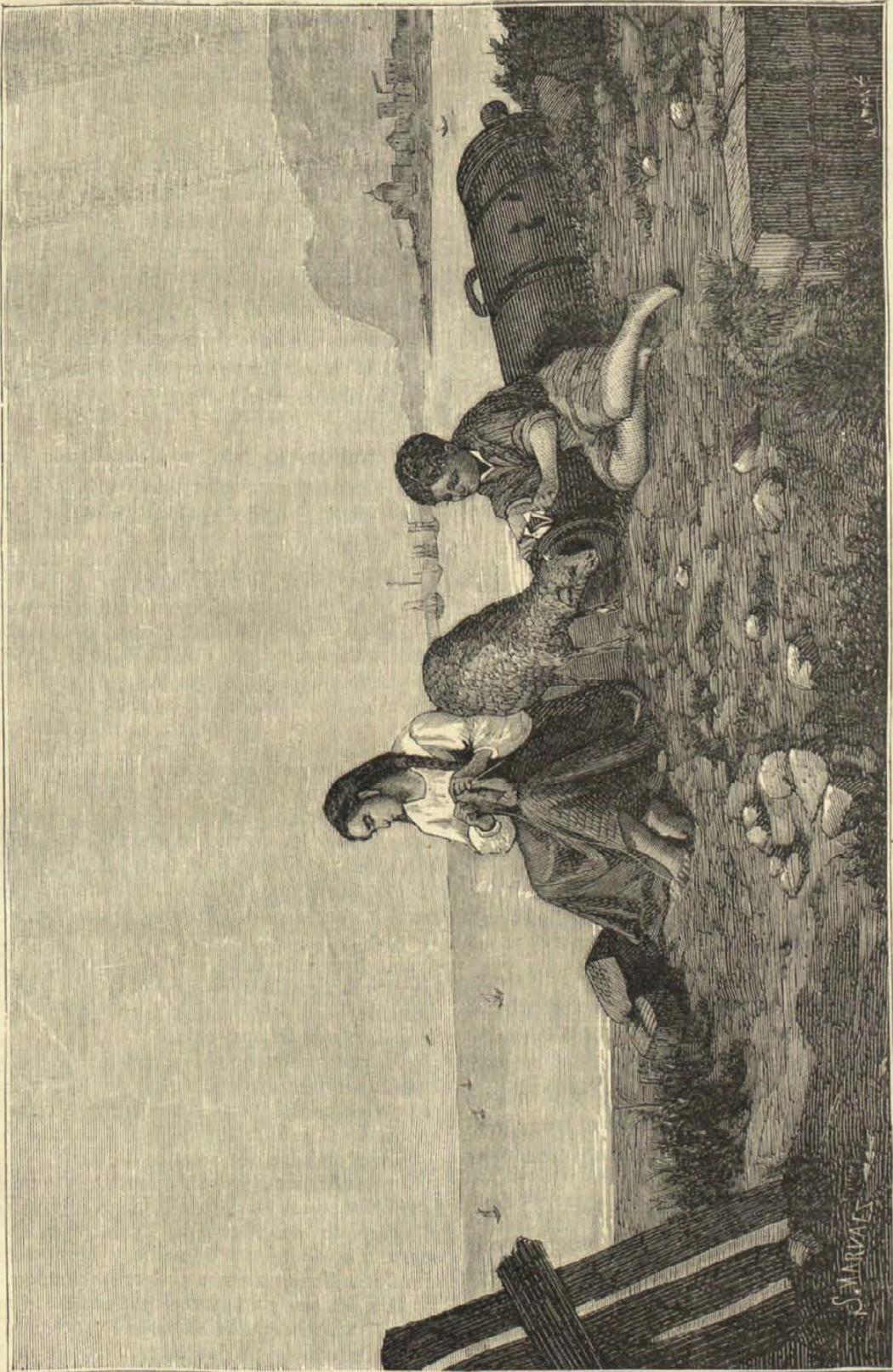
Mas ¡ay! apenas había empezado su predicación; apenas los que gemían bajo el yugo de la más aborrecible tiranía empezaban á sentir en sus corazones el bálsamo consolador que destilaban sus palabras, un edil, seguido de numerosos guardias, interrumpía bruscamente al cristiano. Éste era llevado inmediatamente á una prisión, y desde ella salía para ser crucificado en el monte Esquilino ó en el Janículo, ó bien para perder la vida sobre las ensangrentadas arenas del circo.

¡Cuántos y cuántos mártires, cuyos nombres ignoramos, perecieron en aquellos tiempos de crueles persecuciones! ¡Cuántos en presencia del *pueblo-rey* agonizaron con los ojos fijos en el cielo, en tanto que las fieras destrozaban sus cuerpos á zarpazos!

II

Por el tiempo de que vamos hablando, dos ancianos venerables (San Pedro y San Pablo) vivían en Roma.

Los discípulos de aquellos dos Apóstoles, temerosos de que éstos cayeran en manos del más cruel de los emperadores, rogaron á los ancianos que se alejasen de la ciudad.



ALEGORIA DE LA PAZ

Después de infinitas súplicas, los Apóstoles cedieron; y un día, al amanecer, cada cual partió por distinto camino.

San Pedro, encorvado por el peso de los años y apoyado en su báculo, atravesaba uno de los infinitos caminos que partían del Foro Romano; por la vía Noman-tana.

Su pensamiento estaba fijo en la ciudad, á la cual volvía la espalda, porque en ella dejaba á infinidad de seres queridos, á todos aquellos que seguían la santa ley de Jesucristo.

Los pasos del anciano eran vacilantes, más bien que por la edad, por causa de los escrúpulos de su conciencia. Una voz secreta le decía con amargura: «¡Abandonas á tu rebaño, Pedro! ¡Temes morir como ha muerto el Salvador del mundo!...»

Ya casi estaba decidido á volver á Roma, cuando por la desierta vía que atravesaba vió cruzar un hombre.

Alzó la cabeza, que llevaba inclinada sobre el pecho, y... ¡cuál no sería su asombro al reconocer en aquel hombre á su Divino Maestro, al dulcísimo Jesús!

—¡Señor! ¿adónde vais? (1), le preguntó el Apóstol con respetuosa admiración.

—Vengo á Roma, respondió el Señor, para ser crucificado de nuevo.

Dicho esto desapareció.

Ya no más vacilaciones: San Pedro tornó á la Ciudad Eterna, y aquel mismo día cayó en poder de Neron: á San Pablo le sucedió lo mismo.

A la siguiente mañana los dos santos ancianos caminaban, con las manos atadas á la espalda y guardados por crecido número de soldados pretorianos, hácia el Janículo.

San Pedro, por pertenecer á la raza hebrea, debía morir en una cruz, suplicio infamante; á San Pablo, en su calidad de ciudadano de Roma, se le concedió la gracia de que muriese degollado.

Ya sobre el monte Janículo, y en poder de los *car-nífex* (2), San Pedro pidió que lo crucificasen con la cabeza hácia abajo, por no creerse merecedor de espirar del mismo modo que Cristo.

Crucificáronlo del modo que deseaba, y al mismo tiempo la cabeza de San Pablo rodó sobre el ensangrentado polvo del Janículo, en donde habían perecido ya tantos mártires.

Muchos cristianos presenciaban la sangrienta ejecución y derramaban abundantes lágrimas, pronunciando en voz baja estas exclamaciones:

—¡Ya han muerto!

—¡Ya no tenemos pastores!

—¿Quién nos guiará? ¿Quién infundirá aliento en nuestros pechos para combatir nuestras pasiones y sufrir sin quejarnos la cruel persecución?

(1) *Domine! quo vadis?*

(2) Verdugos.

III

Muertos San Pedro y San Pablo, las catacumbas resonaron con los gemidos de dolor del numeroso pueblo cristiano que en ellas se guarecía.

El paganismo estaba vencido. Los ídolos de bronce y de mármol vacilaban ya sobre sus altares, y una voz misteriosa y melancólica había gritado en el Panteón: «*¡Los dioses se van!...*»

Ocultábanse los cristianos, pero muy pronto la luz radiante, que había empezado á brillar en la cumbre sombría del Calvario, había de iluminar la tierra.

Nada importaba que los verdugos inventasen nuevos suplicios, que los mártires cayesen á millares. La religión conmovedora, santa, dulcísima, del divino Jesús, había de triunfar al fin, sembrando el bienestar y la paz del alma sobre la triste humanidad.

Débil era la decrepita religión de las falsas deidades para combatir los sagrados preceptos del Hijo de María.

Terminaremos este artículo diciendo que en memoria del prodigioso suceso del encuentro de Jesucristo con San Pedro, se edificó en Roma un suntuoso templo, que aún existe.

Este templo se llama: *Domine! quo radis?*

ANTONIO DE SAN MARTIN.

LA GUERRA

Poco ménos que cruzando el Danubio aprisa y corriendo, dejando en el camino muertos, heridos, prisioneros, cañones y bagajes, se creía que estaban los rusos, á juzgar por los despachos que en estos últimos días se han estado recibiendo del teatro de la guerra.

Contábase que el 14 habían renovado su asalto general los rusos contra Plewna, y que los turcos, al rechazarlos, habían recuperado todas las posiciones perdidas, haciendo ocho mil prisioneros y obligando al ejército moscovita á levantar el sitio y huir desordenadamente hácia el Danubio, perseguido por las tropas vencedoras de Osman-bajá.

Al mismo tiempo, Mehemet-Alí destrozaba al príncipe imperial en las orillas del Jantra, y Soliman-bajá se apoderaba del fuerte ruso de San Nicolás de Schipka, quedando de este modo dueño del desfiladero.

Tales eran las noticias que de París, Viena, Londres y Constantinopla llegaban simultánea ó sucesivamente, las cuales, como es natural, daban motivo para creer en el completo descrédito de Rusia y en la desdichada suerte que esperaba á Rumanía y Montenegro, una vez triunfante Turquía de su poderoso enemigo.

Las noticias posteriores, aunque no completamente claras, van ya dejando adivinar lo sucedido.

Es indudable que los rusos, después de haberse posesionado á costa de enormes pérdidas de Crivitz, principal reducto que defendía á Plewna, y cuya toma se debió á la bravura del general Skobeleff, y de otros puntos fortificados, intentaron un asalto general contra la plaza, que fracasó por completo, perdiendo, no sólo la fuerza moral de un ataque frustrado, sino todas las posiciones conquistadas, á excepcion de Crivitz, á pesar

de que los turcos atacaron dos ó tres veces esta fortificación con desesperado coraje.

Estas operaciones y estos asaltos inútiles han costado á los rusos 12.500 soldados y 300 oficiales, y á los rumanos 8.000 entre unos y otros, siendo también horrosas las pérdidas de los turcos, que se han batido con imponderable bizarría, prefiriendo casi siempre la muerte á la rendición.

Entre tanto Mehemet-Ali hacia retroceder al príncipe imperial, aunque sin derrota notable, y Soliman recobraba algunas posiciones del paso de Schipka, que después tuvo que abandonar, retirándose á sus antiguas trincheras con pérdidas de importancia.

De modo que las cosas no han variado sustancialmente. El bombardeo de Plewna continúa, y los rusos, que reciben diariamente refuerzos, se proponen insistir en este ataque, que tanta sangre les ha costado ya. El paso de Schipka continúa en su poder, y el príncipe imperial, si no desahogado, tampoco se encuentra en el apuro en que se decía.

Lo que resulta es que el valor mostrado últimamente por los turcos quebranta no poco el prestigio militar de Rusia, á la cual se la creía capaz de dominar el mundo entero con la muchedumbre incontable de sus regimientos.

No hay tal cosa. El gigante del Norte es más corpulento que fuerte, y aunque llegará á posesionarse de Constantinopla, la Europa latina, si comprendiendo sus intereses determinaba poner límite al poder del coloso, seguramente que lo pondría con la fuerza de la inteligencia y con el arrojo temerario que distingue á nuestros soldados meridionales.

Los montenegrinos, ese puñado de héroes que tienen sangre meridional, están demostrando la superioridad de la raza europea sobre la asiática. Han tomado otra plaza, la de Biek, y cada día consiguen nuevos triunfos en relación con la escasez de sus fuerzas.

Sérvia entrará en campaña, según se dice, á primeros de Octubre. De Grecia nada se sabe de una manera positiva.

Bismarck y Andrassy, cancilleres respectivamente de Alemania y de Austria, han celebrado una conferencia, á la cual, como es de rigor, se atribuye gran importancia. Susúrrase que han tratado de intervenir en favor de la paz, si los descalabros de Rusia continúan; pero nos permitimos poner en duda la noticia. A nuestro juicio, los tres emperadores del Norte están resueltos á acabar con el imperio turco, y el de Rusia obra en perfecto acuerdo con los de Alemania y Austria. Este último ha brindado recientemente en un banquete por su amigo y aliado el emperador Alejandro, pronunciando frases significativas de aprecio y de perfecta inteligencia.

La entrevista de los dos cancilleres no habrá hecho más que apretar los lazos que unen á las tres potencias del Norte, para resolver de comun acuerdo la cuestión de Oriente, que, digase lo que se quiera, no puede ya quedar como una amenaza constante para la paz de Europa.

V.

MOVIMIENTO RELIGIOSO

Acaba de verificarse una magnífica peregrinación, que los católicos italianos proyectaban hace tiempo, á los santuarios más famosos de Francia.

Comenzó el día 6 del corriente, en que los peregrinos salieron de Turin llevando las bendiciones del Romano Pontífice, el cual encargó á uno de los Prelados

que presiden la peregrinación que ofreciera, en su nombre, un corazón de plata en el santuario de Paray-le-Monial, y una magnífica rosa de oro, de un trabajo maravilloso, en Lourdes. En Paris, los peregrinos fueron objeto de manifestaciones de simpatía por parte del círculo de Luxemburgo, en los que reinó la más íntima cordialidad.

En la sesión que el círculo de Luxemburgo celebró en obsequio de los peregrinos, hablaron los Padres Riches, Picard, un bernabita italiano y Mons. Cretoni. El Padre Riches habló de las glorias de Italia y de la mayor de todas ellas: el Pontificado. El bernabita demostró que si las peregrinaciones se multiplican cada año, renacerá en los pueblos la creencia en lo sobrenatural y desaparecerá el escepticismo de la sociedad moderna. El Padre Picard hizo la historia de los milagros últimamente verificados en Lourdes. La velada terminó con un discurso de Mons. Cretoni. El Prelado, haciéndose cargo de un argumento que los impíos oponen al catolicismo, diciendo que tiene que perecer porque no se transforma amoldándose á las corrientes de los tiempos, dijo que en el catolicismo existe realmente un elemento inmutable, el dogma, que es la expresión de la verdad revelada, la cual es necesariamente inmutable y eterna; pero hay además otro elemento, la disciplina, que la Iglesia modifica según las circunstancias de lugar y tiempo.

Una orquesta ejecutó varias piezas, y la sesión terminó á los gritos de: ¡Viva Francia! ¡Viva Italia católica!

En Lourdes se han celebrado unas solemnisimas fiestas que han oscurecido á las celebradas cuando la peregrinación de Suiza.

* *

En Inglaterra continúan las conversiones de personajes importantes.

Recientemente ha abrazado la verdadera religión M. E. Grey, director propietario del periódico *The Freeman's Journal*, hijo del célebre John Grey y miembro de la Cámara de los Comunes.

Su periódico se ha hecho órgano de los católicos irlandeses.

* *

Se ha celebrado el 25.º congreso de católicos en Würtzburgo (Alemania) con una extraordinaria concurrencia, tanto más numerosa cuanto más arrecia la persecución de Bismarck. Este congreso, celebrado los días 10, 11 y 12 del corriente, fué presidido por el Sr. Arzobispo de Bamberg, que desgraciadamente tuvo que dejar la Asamblea desde el primer día para trasladarse á la cabecera de la cama del Arzobispo de Munich, afecto de una enfermedad que hace temer por su vida.

* *

Se ha publicado una elocuente invitación para una romería nacional en honor de Santa Teresa de Jesús, que debe celebrarse el 15 del próximo Octubre.

La comisión organizadora que firma el documento espera que la católica España dé una muestra de su profunda fé religiosa y de su particular amor á aquella santa Doctora, que es, además de Santa, una gloria incomparable de las letras españolas, acudiendo el citado día á Ávila y Alba de Tormes á venerar la cuna y el sepulcro de la ínclita reformadora de la Orden Carmelitana.

Los Sres. Obispos de Salamanca y de Ávila son los Prelados que dirigirán esta gran solemnidad religiosa, que sin duda ninguna será una soberbia manifestación del arraigado catolicismo del pueblo español.

LA HERMOSA SOR FIDENCIA

(Continuacion)

Poco despues el estruendo ha cesado; el polvo se ha desvanecido; los moros huyen, y el angel de las batallas entona el himno celestial de la victoria á los que por fortuna sobreviven.

XXIX

Serian las siete. Hacia una noche oscura como el alma del réprobo, fria como el sudor del moribundo. Ni una estrella fulguraba en el cielo, y en la tierra soplaban de la parte del Atlas un vientecillo de pulmonia que helaba la sangre en el cuerpo.

La accion habia concluido, pues que sólo se percibian el estruendo de alguno que otro tiro lejano, ó las pisadas de los soldados que conducian al hospital de sangre á algun herido.

Sostenida en los hombros de cuatro cazadores, apareció, á los vacilantes resplandores de dos hachas, una camilla de campaña en las alturas de una loma, al propio tiempo que en la hondonada de un valle cercano una figura esbelta, cuya apostura y sayal evocaban en la imaginacion el recuerdo de las mujeres de la Biblia.

La del sayal divisó á la interesante comitiva, y presurosa se encaminó á su encuentro.

—Buenas noches, hermosa Sor, dijeron los militares apenas pudieron dejarse oír de la *hermana*.

—Muy buenas, hijos míos. Vamos, ¿qué tal la accion de esta tarde? ¿Ha habido muchas *bajas*?

—¡Ph! un teniente y trece soldados muertos y unos cuantos heridos y contusos. En cambio el enemigo ha huido como siempre, sin que á pesar de sus grandes pérdidas se haya apoderado del parapeto.

—¿Es moro el herido que traéis?

—Como Mahoma.

—Y buena presa, observó otro soldado. Por el traje demuestra ser persona distinguida.

—Os habrá costado mucho aprisionarle.

—¡Cá! No, señora.

—Segun cuentan, esa gente prefiere morir á rendirse.

—Pues éste se ha rendido sin despegar los labios.

—¡Ya lo creo! replicó otro cazador. ¡Como que tiene el pecho atravesado de un balazo!

—Permitidme que le examine.

—¿Por qué no? Aunque enemigo de nuestra religion y nuestra patria, el prisionero tiene derecho á exigir de nosotros los deberes de la caridad. ¡Ojalá sanase ahora mismo!

Y los soldados colocaron en tierra la camilla, en la cual hallábase el enfermo poco ménos que espirando. Una bala le habia atravesado el pecho de parte á parte.

Fidencia le aplicó unas hilas empapadas en bálsamo, y pronunciando algunas frases en árabe, le dió á beber de la benéfica tisana; con lo cual el infeliz comenzó á moverse, extendió los brazos y entreabrió paulatinamente los ojos, respondiendo en el mismo idioma con voz debilitada:

—No hay remedio; mi muerte... está escrita... en el libro de las estrellas.

XXX

Pero de pronto, al fijarse en el rostro de la mujer que tenía delante, exhaló un grito, que retumbó siniestramente en los oídos de la jóven.

—¿Eres... francesa? le preguntó en el lenguaje de Racine.

—Como tú frances, respondió igualmente la interpelada.

—¿Te llamas... Fidencia de Flix?

—Como tú Oscar Thion.

—¡Oh! Maldita sea la hora... en que nació... y la fatalidad en que me trae á morir... en tus manos!...

Y continuó maldiciendo como un mónstruo abortado por el abismo.

XXXI

Fidencia, asonbrada de tan raro encuentro, no supo qué hacerse; mas recordando que cuanto sucede debajo del sol es providencial y que su destino en la tierra era imitar la conducta de Aquel que desde los brazos de una Cruz perdonó á sus mismos verdugos, se propuso con toda su alma la conversion del hombre que le habia ocasionado tantos males, del que le habia sumido en la orfandad y en la miseria.

Y hasta tal punto se esforzó, que consiguió lo que queria. Oscar Thion se sintió conmovido. Acostumbrado á las sensuales caricias de las esclavas del haren, apenas podia comprender el lenguaje de una criatura que en lugar de maldecirle le llamaba su *hermano*. Contemplábalo como á un sér extraordinario que le enviaba el cielo para cicatrizar la herida de su cuerpo y calmar su espíritu con el bálsamo de la esperanza.

—Y será posible, interrogó, que me hayas perdonado!..

—Jesucristo perdonó á los que le crucificaron, contestó la hermosa únicamente.

—¿Habrás olvidado... mis crímenes... para con tu familia?...

—Dios es misericordioso; ¿por qué yo, débil gusano de la tierra, no habia de serlo contigo?

Oscar sintió deslizarse dos lágrimas por sus mejillas.

—¡Señor! exclamó; yo te doy gracias... ¿Qué debia esperar... el pecador de los pecadores, que habia arruinado... y matado á disgustos... á sus padres, robado... é impelido al suicidio y la locura... á sus parientes, maldecido de su religion... y renega lo de su patria?...

Y se detuvo. Un fuerte dolor en el pecho y algunos esputos de sangre le anunciaron que la herida se empeoraba.

—No hables; la conversacion te hace daño.

—Mis ojos... no verán el sol de mañana... Está escrito.

—¿Quién sabe?

—Antes faltará la luz en los cielos... que la palabra de Dios... en la tierra.

—Has aprendido mucho de los musulmanes.

—Como que llevo... entre ellos... quince años. Estoy en África... desde el estio de 1844, en que desde Bélgica... me trasladé á la Argelia con el fin de alistarme voluntario... en la guerra... contra los marroquíes. A los pocos días de mi llegada... combatí en Isly, en cuya batalla... me porté con tal arrojo... que sobre el mismo campo de accion... me colocó el general Bugeaud los galones de sargento. Un desafío con un oficial de zuaivos... me arrojó de la Argelia... al Riff. Y la ambicion me llevó... del Riff á Mequinez, donde me casé, tengo tres hijos... y desempeño el empleo militar de *kaid* (capitan de caballería). Catorce días hace que salí de aquella ciudad... al frente de doscientos ginetes; llegamos aquí esta tarde... á las cinco; y dejados los caballos... en un barranco, entramos... en combate...

ABDON DE PAZ.

(Se continuará.)

Establecimiento tipogr. de José Amalio Muñoz, Cuesta de Ramon, 3.